

CUENTOS PARA COMPARTIR

El sapo en la zapatilla
y otros cuentos

Gloria Joray



GLORIA JORAY

**CUENTOS
PARA
COMPARTIR**

**EL SAPO EN LA ZAPATILLA
Y OTROS CUENTOS**

GLORIA JORAY

**CUENTOS
PARA
COMPARTIR**

**EL SAPO EN LA ZAPATILLA
Y OTROS CUENTOS**

MAYA


Joray, Gloria

El sapo en la zapatilla : y otros cuentos . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Maya, 2013.

64 p. : il. ; 20x13 cm.

ISBN 978-987-1815-48-7

I. Narrativa Infantil Argentina. I. Título
CDD A863.928 2

Fecha de catalogación: 26/03/2013

Diseño de tapa y diagramación: Cecilia Campos

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723. Impreso en Argentina.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, sin expresa autorización del editor

ÍNDICE

WINNER, EL OSO POLAR	7
BARBY CON ANTEOJOS	13
LINDO, EL GALLO COCORETERO	19
A LA MANCHA DEL DULCE DE LECHE	25
EL SAPO EN LA ZAPATILLA	29
UN PROBLEMA DE OTRO PERRO	33
CON EL PIE DERECHO	37
EINSTEIN	41
LIGTH, LA BRUJA CULTA	47
EL REY QUE FUE A CAZAR	
UN ELEFANTE	57

*"A mis hijos Carolina, Román y Manuel,
con quienes fui creciendo."*

WINNER, EL OSO POLAR

El zoológico estaba lleno de chicos. Las vacaciones de invierno habían comenzado.

Los chicos querían ver a los monos, al tigre, al hipopótamo, al oso polar...

Los animales, pacientemente, posaban para ellos y trataban de no hacer travesuras ante visitas tan importantes: ¡los chicos!

Pero, lo que nadie, nadie podía hacer, era convencer al oso para que estuviera más educado antes los chicos. Había perdido toda la elegancia.

Hacía tres días que sus compañeros de jaulas lo veían recostado sobre el borde de su pileta, pasando suavemente sus garras por encima de unas barras de hielo, que amorosamente, su guardián le trajera de regalo. No era el Ártico, pero, en fin, peor era perderse sobre un tempano en el Océano Pacífico.

No sólo los animales lo notaron. El personal del zoológico, los veterinarios y el mismo Director fueron a presenciar esa larga modorra de Winner, el Oso polar.

Hasta que finalmente, Winner llevó sus dos manotas sobre la cara y se puso a llorar desconsolado. ¡Sonó una alarma! (La alarma de animal en peligro). Los otros animales del zoo lo acompañaron en su llanto. ¡El caos fue total! Todos corrían a consolar a la gran cantidad de bellas bestias, entristecidas por el padecer del oso polar.

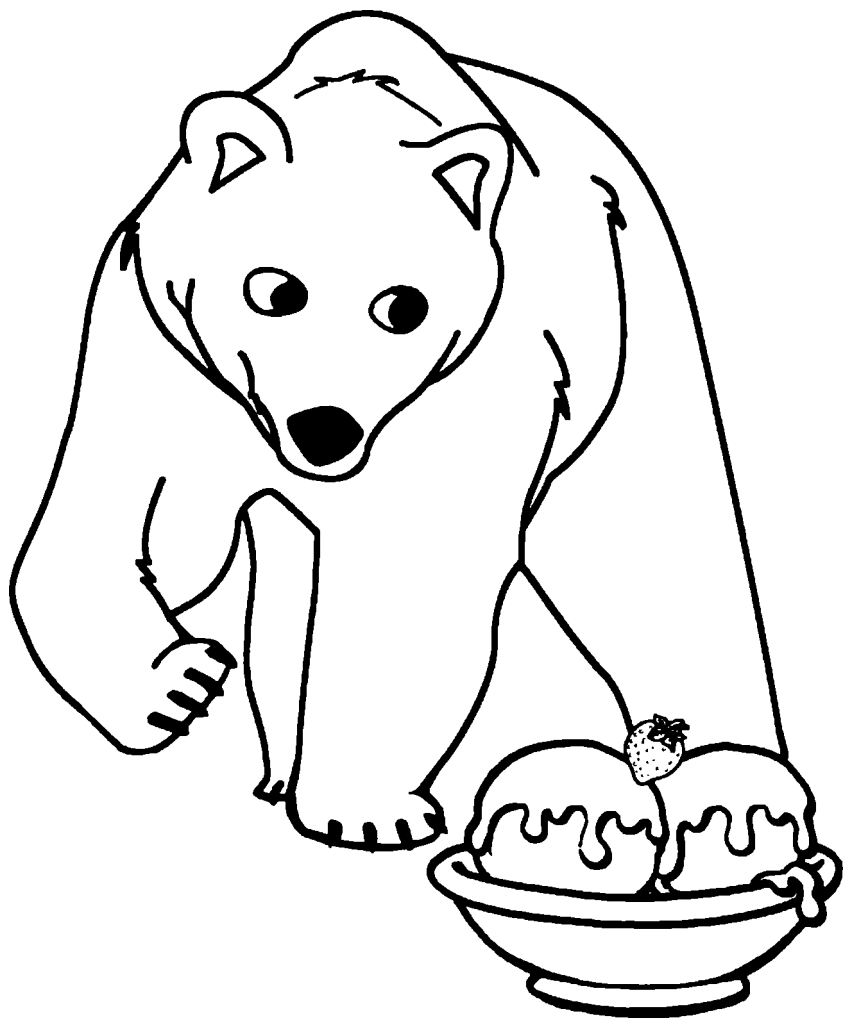
Abrieron la jaula de Winner y entró a visitarlo el Veterinario con su equipo de especialistas, para observarlo mejor. El lado derecho de su cara estaba tan hinchado, que casi no podía abrir el ojo derecho. La conclusión

fue clara. Un colmillo con infección, consecuencia de un tratamiento de conducto. ¡Tenían que llevarlo al dentista! ¿Cómo podían hacerlo, si pesaba 400 kilos?

Fue así que decidieron preparar un consultorio de emergencia, al lado de la pileta del sufriente oso polar. Cuatro odontólogos, un anestésista y varios ayudantes operaron al pobre Winner. Cuidaron los latidos de su corazón, controlaron que estuviera cómodo, hasta que, entre todos, lograron arrancarle un colmillo de ¡cinco centímetros! ¡Cómo no iba a sufrir!

Acomodaron a Winner. Retiraron el quirófano de emergencia y esperaron a que se le pasara la anestesia, a que se despertara. Winner reaccionó muy bien, casi parecía que sonreía. Entre las idas y vueltas, nadando en su pileta, festejaba la ausencia del colmillo enfermo. Nuevamente estaba a la vista del público. Los chicos aplaudían que el oso estuviera recuperado. Los demás animales del zoo se tranquilizaron. Como premio recibieron una ración extra de merienda.

Pero...de todo esto, se enteró... ¡el ratón



Pérez! y se dijo: “¡Qué bueno el colmillo de Winner! Equivale a cien dientes de los niños pequeños”. Y pensó: “¿Qué puede hacer un oso polar de doce años con una moneda, o, con un billete? Claro, nada. ¡Tengo un obsequio mucho mejor para él!”.

Fue entonces, que, al salir de su pileta, Winner se encontró con un balde lleno de helado de frutilla! y ahí se sentó, a comerlo hasta que del riquísimo helado no quedaban ni noticias...más o menos, como su dolor de colmillo. Aunque... el personal del zoológico no podía entender cómo pudieron “perder” ese hermoso colmillo.

BARBY CON ANTEOJOS

Catalina fue al oftalmólogo. Si, al oculista, que justamente en honor a su profesión, también usaba anteojos.

La seño había notado que Cata se arribaba mucho al pizarrón en su tercera salita del Jardín, cuando ensayaban las primeras letras, para copiarlas en el cuaderno.

Su mamá también había notado que a pesar de ser tan pequeña e interesarle tanto la lectura, acercaba mucho su carita hacia esos libros de cuentos que tanto le encantaba mirar.

Con sus papás fue a visitar al oftalmólogo. Un señor muy serio y antipático, que la

retó quien sabe por qué, pero que, finalmente, como excelente profesional que era, le recetó unos anteojos, solo de uso temporario, para hacer en los ojitos de Catalina algunas correcciones.

El día llegó. Los anteojos estaban listos.

Aunque todos en la familia estaban preocupados, inquietos por saber cómo se sentiría ella frente a los demás con ese elemento en su carita y su sonrisa de seis años.

Cata se los probó y le encantó poder ver con claridad letras, dibujos y carteles. Es más, no pudo evitar una linda carcajada.

Los días pasaron. Una mañana estaba en uno de sus entretenimientos preferidos: la compu. Eso la divertía bastante, porque su curiosidad le permitió aprender casi sola, colores, letras, números. En eso estaba, agregando ropitas y accesorios a las muñecas de sus juegos en internet. El ruido de la cocina llegaba junto a la voz de su mamá que le preguntaba qué estaba haciendo, pues quería que la ayudara a poner la mesa.

—“Ya voy mami, espera un ratito. Ya voy”.

El sonido de la impresora llegó a los oídos de mamá. Curiosa, esperaba la entrada de Cata en la cocina, preguntándose en qué andaría.

Catalina entró en la cocina con la cara envuelta en esa risa picara después de haber puesto en práctica sus ocurrencias.

Fue resuelta a la puerta de la heladera, tomó un imán, de esos que abundan tanto para dejar mensajes pegados a los que están por llegar a la casa, o las invitaciones a fiestas, aunque también, fotocopias de los boletines que hay que devolver tan rápido a la escuela, que las notas se escapan de la memoria.

—“Mirá mami, ¿te gusta?, esta es mi Barby, con anteojos”.

Y ahí lucía, con un nuevo look. Barby, casi ejecutiva, Barby casi tan delicada como Catalina, pero sin esa sonrisa feliz que Cata derramaba con una generosidad contagiosa.

La mamá de Cata se rió mucho y disipó un poco los temores en que pudiera derivar el usar anteojos. Para Cata era una aventura más, como dibujar a su muñeca parecida a ella.



Entre las dos arreglaron la mesa. Cada uno de la familia que iba entrando a la cocina, notaba el dibujo en la heladera. A todos, la ocurrencia les resultó muy graciosa y relajante.

Mientras comían, confundida con el ruido de los cubiertos, Catalina le preguntó a su mamá:

—“Mami, ¿cómo se llama eso que tenés alrededor de los ojos?”

—“Cata, sacate los anteojos para comer y dejá a mis arrugitas tranquilas”.

Por supuesto, todos se volvieron a reír.

LINDO, EL GALLO COCORETERO

Hacia mucho, muchísimo tiempo que Catalina le pedía a sus padres una mascota. Ella decía que ya era grande, que con cuatro años podía cuidar un animalito. Que lo iba a querer, le daría de comer, lo arroparía, y si fuera necesario, le lavaría ella misma los dientes.

Entonces, como un milagro, llegó el día que su tío Manuel (que no podía verla llorar por nada), le trajo de regalo un pollito. ¡Sí! Un pollito amarillo, pequeño. Redondita la cabeza, redondito el cuerpo.

Un pollito, ya que no querían en la

casa un perro, o un gato, por falta de espacio apropiado.

El pollito lucía indefenso dentro de la caja de zapatos en que viajó, que estaba llena de agujeritos, para que no le faltara el aire.

—“¿En dónde va a dormir?”—preguntó Catalina.

—“Lo vamos a poner en el galponcito. Allí va a estar seguro.”—dijo su mamá.

—“¿Qué nombre le vas a poner?”—preguntó el tío Manuel.

—“Lindo, tío, me gusta ese nombre. ¡Es tan lindo el pollito!”

Pasó el tiempo, poco tiempo, en que el pollito comenzó a crecer. Ya podía escucharse su cantar, no tan en hora como un reloj, pero casi siempre muy temprano.

Las alas de Lindo estaban cada vez mas emplumadas.

Para sorpresa de la familia, seguía a todos como si fuera un perrito. Se había domesticado tanto, que aún si estaba comiendo y Catalina lo llamaba, él torcía la cabeza, prestando atención y corría hacia la casa, agitando sus alas.

Lindo no era solitario, ni huraño. Le gustaba remover la tierra con sus uñas, buscar gusanitos, escarabajos, caracoles. Todo lo que había en el jardín de la casa era su alimento.

Con el tiempo, descubrieron que el dulce pollito amarillo se había convertido en un elegante gallo, de plumas brillantes, llenas de color. Cresta roja. Ojos curiosos. Pico afilado. Cantar sonoro.

Tan sonoro, que no respetaba sábados, ni domingos. Se acercaba, cuando el amanecer se anunciaba, a la ventana de Catalina, y, allí le entonaba una serenata cocoretera, que la hacían saltar de la cama. Ella salía corriendo, descalza, para alimentarlo y mirarlo.

Cuando Lindo cumplió cuatro años, tuvieron que llevarlo al veterinario. Se veía lento y agitado. El veterinario lo revisó con esmero y diagnosticó:

—“Tiene sobrepeso”—Por lo tanto, recomendó para Lindo: dieta y trote.

—“¡Cómo puede ser posible que tengamos que ejercitar al gallo y cuidar su dieta!”— dijo el papá de Cata, enojadísimo.

—“¿Quién puede ocuparse?”.

—“¡Yo, papá, yo!”— dijo Catalina, levantando la mano, como en la escuela, ya que había cumplido los ocho años.

¿Cómo convencer a Lindo para ejercitarlo sin que se resistiera? Es lo que la familia pensaba.

La mamá colocó un lazo en el cuello, ajustó una soguita, y así, Lindo y Catalina comenzaron a trotar por el patio de la casa.

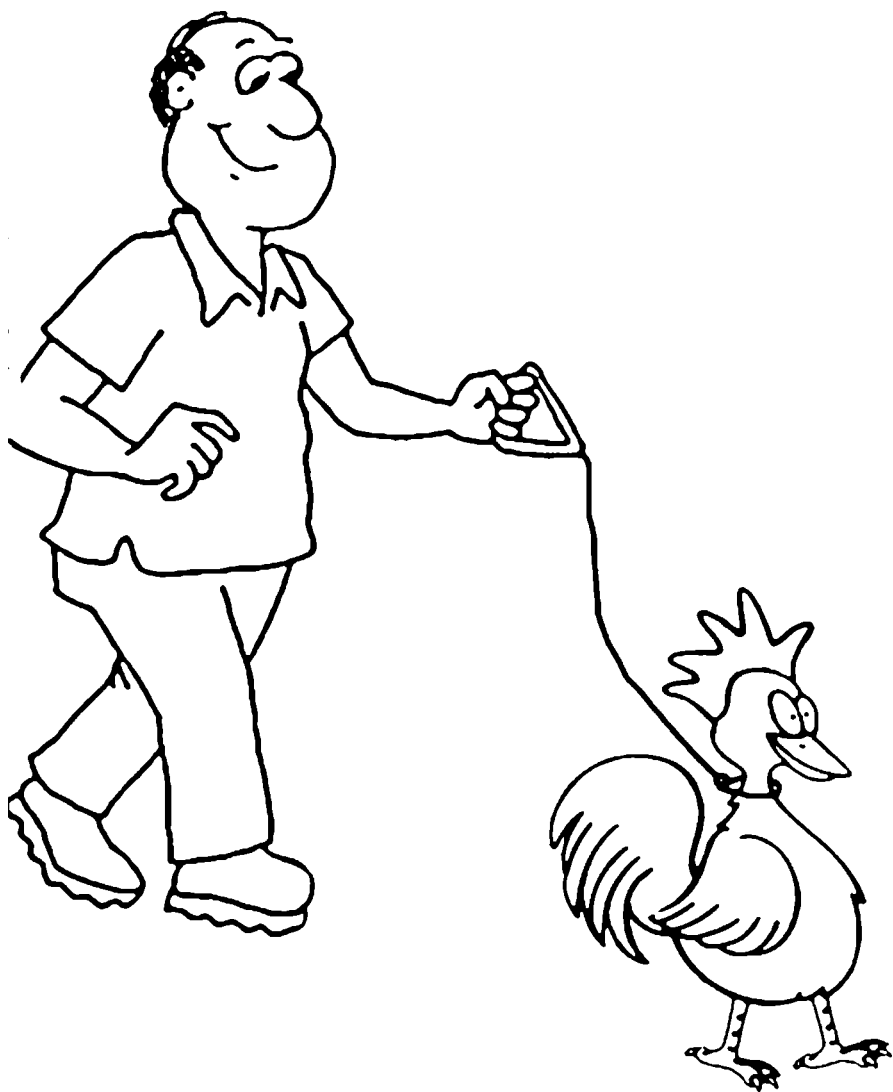
La ración de maíz se rebajó a la mitad. Nada de galletitas extras. Al mes siguiente volvieron al veterinario. Éste, muy contento, felicitó a Cata, porque Lindo había bajado algo de peso.

El problema fue para Catalina cuando su pediatra la pesó.

—“¡Catalina! ¡Que ha pasado! No aumentaste de peso como debías. ¿Comés bien, tomás todos los días tu desayuno?”.

Mmm...Cuántas preguntas. Le contaron al doctor lo ocurrido con el gallo Lindo, su mascota. Y... las cosas tuvieron que cambiar.

Al día siguiente, Catalina, riéndose



miraba, desde su sillita preferida, como su papá hacia correr a Lindo por todo el patio de la casa. El doctor consideró que así era mejor.

Además, el hermoso gallo, le ayudaría a bajar la panza que tenía el papá, por comer todas las cosas que Catalina, a diario, dejaba en el plato...

A LA MANCHA DEL DULCE DE LECHE

Era una tarde soleada, de esas especiales en que la abuela iba a visitar a Melina. Junto a Marisol, su mamá, retiraron a Melina del Jardín Maternal, un lugar en donde los niños son muy bien atendidos, estimulados, y las horas en que allí pasan están llenas de buenos momentos.

A Melina no le hace mucha gracia el momento inicial del encuentro. Entonces con sus dos añitos demostró cuanto berrinche puede desatar una niña con sueño.

En el camino ambas le prometieron sorpresitas, y todo eso que puede calmar a

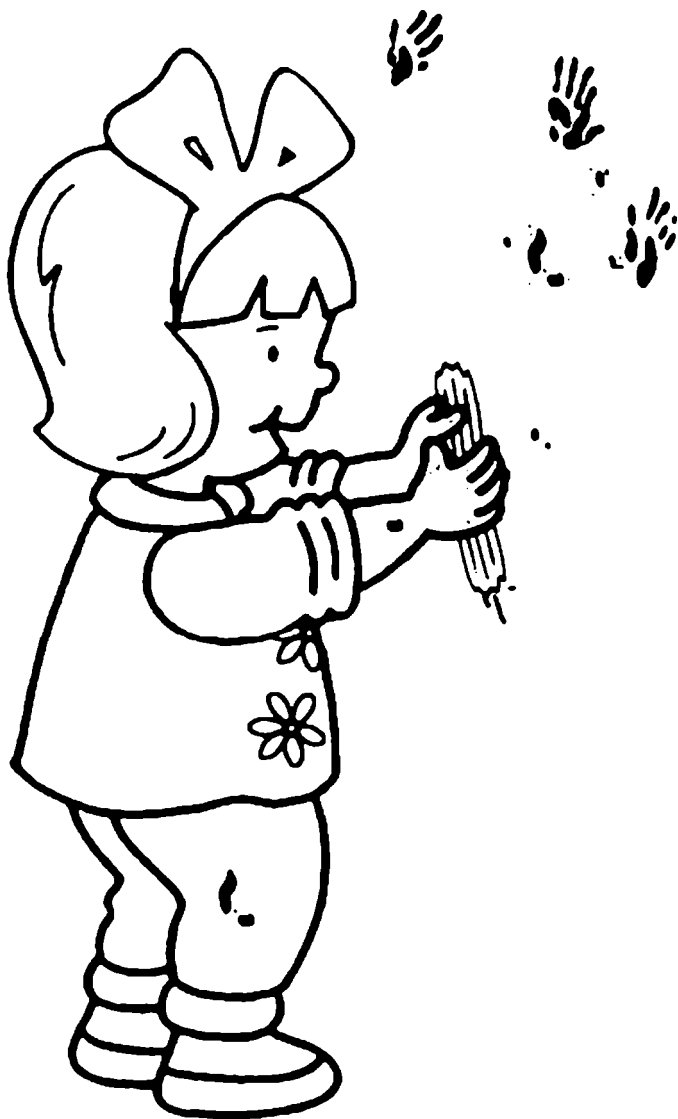
una criatura, hasta que a la abuela se le ocurrió comprar churros rellenos con dulce de leche, en una casa especializada en esos gustos, que les quedaba de paso.

Compraron los churros calentitos, recién elaborados, y se fueron a merendar en compañía de Manuel, el papá de Meli.

Melina abrió su sorpresa por parte de la abuela. Era ropa para el otoño que recién empezaba. El cambio de estación es una ocasión en que toda mamá pronuncia la frase célebre mirando a sus criaturas con resignación: “Todo le queda chico”.

El paquete de churros humeaba en la mesa, y la merienda comenzó. Café para el papá, jugo para Meli, mate para Marisol y la abuela. Melina iba de un lado al otro de la cocina, repartiendo sonrisas, pegándose leves porrazos, mirando libros, abrazándolos a todos, uno por uno. Al rato Marisol y la abuela se pusieron a reír. Melina las miró riéndose sin entender muy bien.

Habían descubierto que todo lo que tocó Meli estaba manchado de dulce de leche. Hasta el piso recibió algunas gotas. Fue como



si hubieran jugado a la mancha. ¡A la mancha del dulce de leche!

La tarde ya se iba, y la abuela también. En el micro, ya sentada y repasando mentalmente la ternura de Melina, sus abracitos y sus besos llenos de dulce, la abuela sonrió, por dentro y por fuera.

Admirada, de cómo una niña puede ser feliz tan sencillamente, con tan poco, como ese niño que iba sentado frente a ella, y que viéndola sonreír, así, simplemente, le devolvió la sonrisa.

EL SAPO EN LA ZAPATILLA

(con un pie afuera)

Cuando se vive en un barrio, a una cuadra del campo, es natural encontrarse en el comedor de la casa, en la cocina, en la chimenea, en fin, en donde pudiera esconderse, uno, dos, y hasta tres sapos.

Así pasa en mi casa, en donde los bichitos tienen lugar.

Resulta que a la noche, cuando nos vamos a dormir, los sapitos salen de sus escondites a comer del plato de Bruno, nuestro adorado perro, aprovechando algún granito

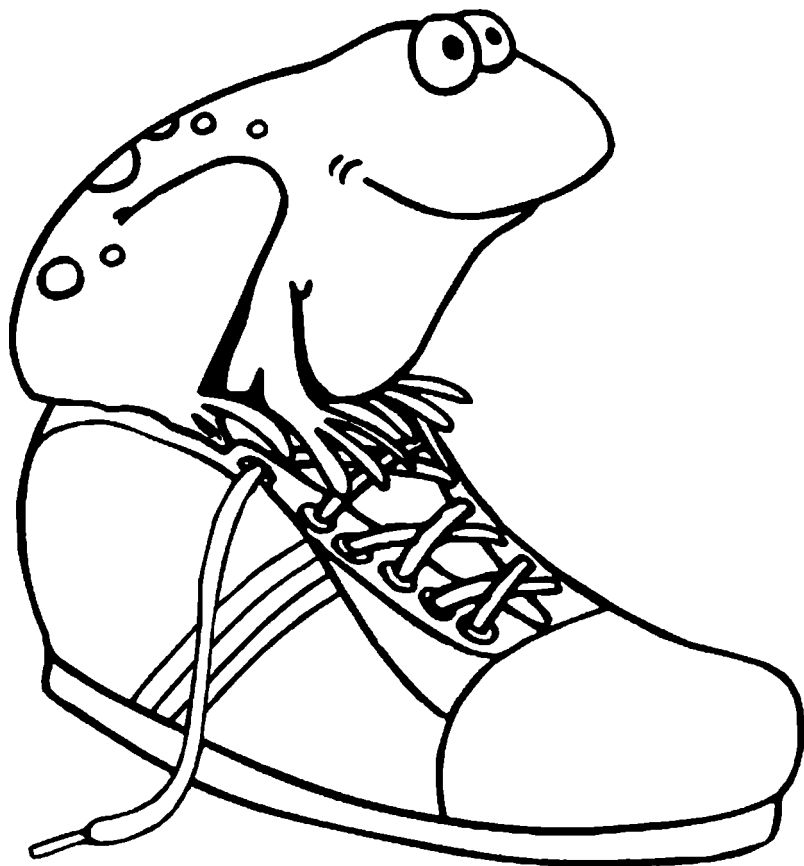
de alimento balanceado, olvidado. El ruido los delata porque el plato de Bruno es una vieja asadera de aluminio. Entonces, cuando saltan adentro, se oye un ruido a lata.

Claro que para prevenir algún contagio de algo desde el sapo hacia el perro, decidí dejar unos granitos en el suelo y subir el plato de Bruno a la mesa.

¿No sería más fácil sacar los sapos de la casa? Si claro, en cuanto vemos alguno, con delicadeza, lo sacamos al jardín, hacia su libertad y su hábitat. Pero parece que les gusta estar dentro de la casa, porque nunca terminamos de deshacernos de ellos.

Con Porota, mi amiga, estuvimos desinfectando un poco la cocina, porque a veces se encuentran algunos bichitos menos simpáticos que los sapos, portadores de enfermedades. El esmero era propio de un lunes, de mucha energía. Por supuesto, Bruno estaba aislado, porque si no se pone a estornudar interminablemente.

Por la tarde tenía que hacer varios mandados y trámites. Cuando tengo que caminar mucho me calzo en forma cómoda,



para no hacer sufrir a mis pies. Me puse mis medias, la zapatilla en el pie derecho. Pero, cuando voy a poner el pie izquierdo en la zapatilla, algo me impedía seguir poniendo el pie en el calzado.

¿Me habré olvidado un par de medias? Miro adentro de la zapatilla, y ahí, arrinconado, había un sapo, bastante gordito. ¡Que susto! Pero, nada. No era para asustarse. Yo no les tengo miedo a los sapos. ¿Alguna vez, vieron que algún sapo atacó a alguna persona? No, nadie lo ha visto.

Así que, con la zapatilla en la mano, me fui al jardín, y la di vuelta, dejando libre al sapo, en un medio más amigable.

Todo bien. Eso sí, desde ahora dejo las zapatillas sobre un banquito, por las dudas, no vaya a ser que a los sapitos les guste dormir ahí, obligándome a quedarme nuevamente con un pie afuera.

UN PROBLEMA DE OTRO PERRO

Todas las mañanas tenía que enfrentar la misma batalla.

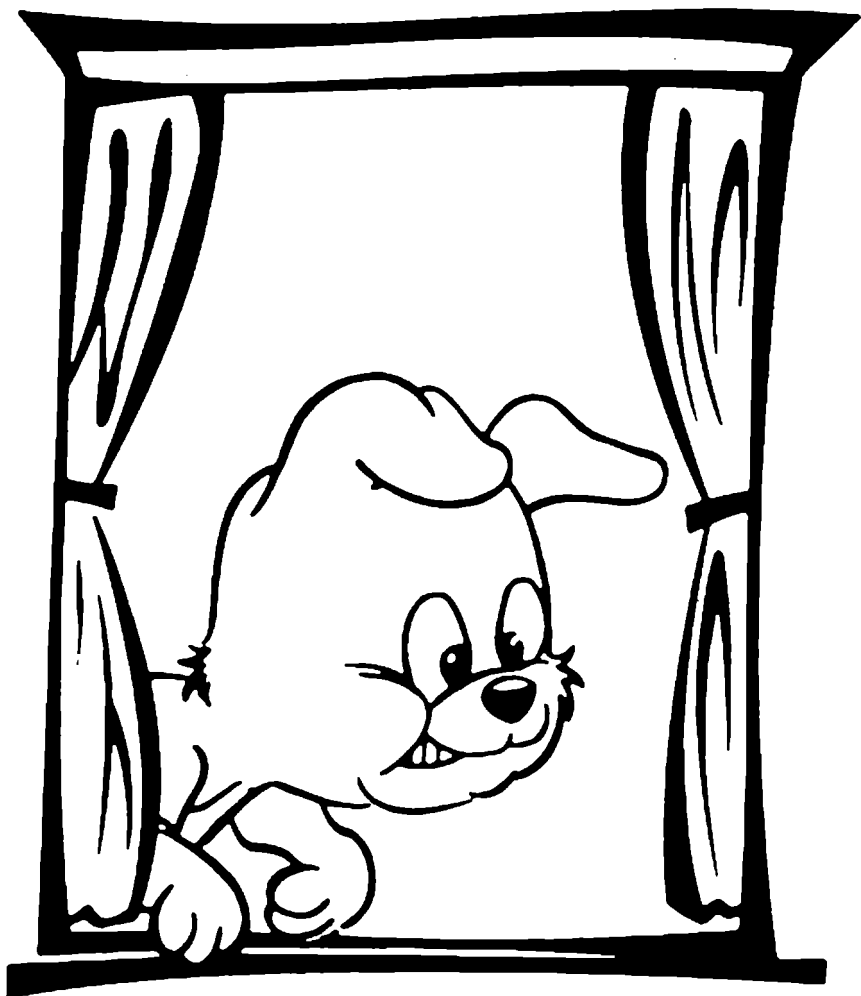
El momento era cuando la puerta de calle estaba siendo forzada. Alguien quería entrar en el jardín.

En dos saltos, yo llegaba desesperado hasta la ventana. Corría la cortina, y ahí emprendía la más feroz resistencia.

Cada día lograba un triunfo extraordinario, que me dejaba agotado, exhausto, pero feliz.

Nadie se atrevería a entrar a la casa mientras la guardia estuviera a mi cargo.

De todas maneras, algo extraño sucedía



cuando por fin me hacía un ovillo para descansar después de tanto ladrido.

No me explicaba cómo, mi amo, con tanta tranquilidad, abría la puerta de calle, estando aún en pijama, para levantar un atado de papel, que aparecía todas las mañanas en el jardín.

Algún día, cuando pueda escapar de la vigilancia de mis dueños, me voy a quedar una noche durmiendo afuera, para averiguar cómo aparece el atado de papel que a mi amo lo hace agachar hasta el suelo para levantarlo y luego lo entretiene largo rato en el comedor.

Además me pregunto qué cara tendrá el tipo que siempre intenta entrar a la mañana, que asustado con mis ladridos, da la vuelta con su bici y lo intenta en la casa de al lado.

Aunque... ése ya es un problema de otro perro.

CON EL PIE DERECHO

Esa mañana me despertó la dueña de casa, prendió la radio y yo estaba agarrada de la parte trasera del dial. Así que me fui corriendo, iba y venía, mientras ella decidía en que estación escucharía el noticiero.

Me fui caminando, rapidito, por la estrecha construcción hasta la pista de CD, que estaba libre. En la parte del motorcito, en el corazón vivo y calentito, con calefacción eléctrica, había dejado a mi innumerable cría, dormida, por la hora. En esta casa se acuestan tarde y se levantan temprano, hay poco tiempo para pasar por la cocina y el comedor, a oscuras, esos lugares especiales, llenos de interesantes y sabrosas miguitas.



A las dos horas, la casa quedó vacía. (¡Eso creí!). Salí de mi escondite y fui corriendo a la mesada. ¡Como pensé! Me pasee por las cucharas apreciando las sabrosas azúcares y restos de yogur.

Para terminar el banquete matutino me fui hasta el lavadero. La ropa sucia es una debilidad mía desde niña.

Bajé volando al piso y cuando ya me disponía a iniciar el paseo, escuché la voz de Román, el dueño de casa, que recién salía de su ducha matinal. Vi sus pies, que llevaban puestos ojotas. Los dos pies. Al prender rápidamente la luz, la fobia me paralizó. Se adelantó hacia mí, pero yo me hice la muerta para despistar.

De golpe, sólo vi uno de sus pies. El izquierdo, porque el derecho lo había levantado. ¿Qué iba a hacer? ¡No!. Lo levantó, levantó el pie derecho y...con ese mismo pie, me aplastó. Con la palita me tiró al tarro de la basura, es decir, mi sala de emergencia. Me metí a duras penas a beber el resto de jugo de tomate de una lata vacía.

Y esperé, nuevamente esperé a que

Gloria Joray

en la casa todo fuera oscuridad y silencio.
No por nada, llegué primero a este planeta
y le llevo millones de años de ventaja al
hombre...

EINSTEIN

Einstein era chico y ya se rascaba las pulgas. Su hábitat era insoportable. Mejor hubiera sido vivir en un gallinero.

Pero ni eso había en este siglo XXI. Los perros no le ladran a la luna. El cemento era una máscara inalterable en la ciudad y el pasto, sólo crecía en la frontera.

Einstein tenía pulgas hacía bastante tiempo. Las conoció en el ascensor cuando su vecinita, Piky, salía a pasear con su amo. Se olieron, sacudieron sus rabos y las lenguas demostraron una sonrisa perruna inconfundible.

Nunca más la vio. Se habían mudado a un edificio lejano.

En el edificio en que vivía Einstein ya no quedaban más perros. Solo él. Ya no tenía motivos para ladrar. Sólo unas pulgas molestas que se irían en el siguiente baño de espuma. Pensó si tenía razón de existir como el único ejemplar de cuatro patas, que comía granos de primera y era mimado por la familia de su amo.

Entonces llegaron las vacaciones. Por primera vez veía el agua de mar. Una playa llena de piernas con cuerpos, de olas espumosas y fuertes, que lo empujaban en la costa.

Dormía en esa siesta calurosa, sobre la arena, cuando su olfato lo previno de un hermano de su raza. Levantó la cabeza, paró las orejas y sus ojitos se abrieron cuanto pudieron. Pasaba delante de él una hermosa perrita blanca, que pestañó sin disimular su alegría de verlo.

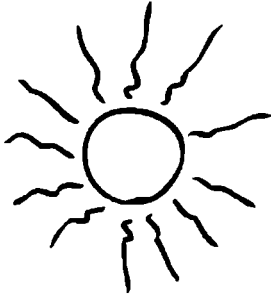
Einstein corrió detrás de ella. La olió de pies a cabeza, y le ladró lo más claramente posible. Ella sintió que la tironeaban de la correa y su dueña, con un reto, la arrastró hacia la carpa.

Se instalaron las dos, recostadas, a

tomar el sol del verano pleno. Einstein las espío y supo ya donde encontrarla. Se volvió con sus dueños, los que ya lo aclamaban a gritos: ¡Einstein! ¡Einstein!. Descansó sobre la arena, después de aceptar el efusivo recibimiento. Un clic le anunció que estaba atado al dominio humano. La correa se ajustó. Apoyó el hocico sobre sus dos patas delanteras y se durmió. Soñaba con ser libre, con recorrer el mundo, va! Aunque sea conocer las veredas del barrio. Se despertó cuando anocheceía.

En el departamento todos estaban en preparativos de salir a cenar. Decidieron dejarlo, por si no le permitían entrar al restaurant.

Pero, Einstein vio que una ventana, que daba a la calle, quedó con un espacio libre. Cuando todo salieron, él con la pata derecha, se hizo más lugar en la ventana, y salió, de un salto. Se encontró en la calle, con tanta facilidad, libre, con todo el tiempo de la vida para él. Con pasos rápidos y cortos, fue hasta la carpa en que había visto la hermosa perrita.



La carpa estaba vacía. Pero, ¿y su olfato? ¡Sí! Lo usaría para encontrarla. Así llegó hasta una cabaña, en pocos minutos, en donde esa linda perrita, que se llamaba Nisi, jugaba con dos niños y una pelota, en un jardín lleno de plantas y flores. Einstein ladró con fuerzas para llamar la atención. Nisi escuchó el llamado y respondió alegremente. Saltó un paredoncito que rodeaba la cabaña. Y se encontraron.

Salieron corriendo hacia una plaza que había en la pequeña ciudad costera, mientras los niños llamaban a gritos a Nisi. Nisi, fascinada con su amigo, no escuchaba. Era el primer perro que conocía aparte de su mamá, en toda su perruna vida. Para los dos era una fiesta: libres, sin cemento bajo sus patas y enamorados a primera vista, a primer encuentro, a primer descubrimiento.

En el edificio en que vivía Einstein, nunca más hubo perro alguno, con pulgas o sin pulgas, que usara la escalera o el ascensor, que ladrara noche y día. Nunca más.

Y en la casa en que vivía Nisi, ahí, en esa playa tan visitada en el verano, y tan

solitaria en los inviernos, la familia se multiplicó. Porque Nisi se llevó a Einstein a vivir a su jardín. Jardín que conoció las travesuras de Copérnico, Newton, Kouri...etc. Es decir, los hijos de Einstein y Nisi. Ellos gozaron de la libertad absoluta, lo que les devolvió el mejor ladrido lobuno.

LIGTH, LA BRUJA CULTA

El bosque lucía su humedad, con una espesa neblina. Los hilos de sol apenas se dibujaban entre el espeso follaje.

Ligth, la gran Bruja estrella, la más sabia e inteligente, veía como su caldero humeaba parsimonioso a la espera de una presa a quien ablandar con su calor y convertirla en un sabroso bocado.

Pero Ligth estaba preocupada. Miraba como su corte de malolientes y desprolijos gnomos se pasaban las tardes golpeándose unos a otros, escupiéndose la saliva que les llevaba un buen rato en juntar, y, gritándose barbaridades, dejándola exhausta de tantos alaridos, agotada de ver tanta torpeza y tiempo perdido.

Decidió tomar el toro por las astas, cartas en el asunto, poner manos a las obras, bah, en fin ¡educarlos!

¿Qué se le podía ocurrir para que este conjunto de diablillos aprendieran algo y dejaran de divertirse como locos disfrutando de su ocio?

Los llamó, a cada uno por su nombre:

—“¡Adano, Mao, Sino, Emo, Gralo, Aldro y Gria!. Vengan, ¡¡¡Ya!!!

Esta última palabra, fuerte como un bramido, hizo que todas las aves y animalitos de sus alrededores, huyeran despavoridos.

Demoraron en acudir, pero de a uno se fueron acercando. Faltaban unos pocos y Light aprovechó el momento para mirar su reloj y decir:

—“¡ Esperamos cinco minutos más y ya les diré lo que se me ocurrió!”.

Cuando todos estaban reunidos, la gran bruja sabia carraspeó, secuela de su época de fumadora, y para darle mas importancia a la situación, comenzó, mirando uno a uno, a desgranar su alocución.

—“¡Puedo decirles que hace muchos siglos veo en los inútiles en que se han convertido! Me gustaría que se comportaran de otra manera, que fueran más educados, más limpios, mas, mas, mas... ¡cultos!”.

—“Ja, ja, ja, ja, ja, ja”— fue la respuesta de todos ellos, que no entendían de que se trataba lo de cultura, pero que igual no pensaban en obedecer.

Las risotadas llegaban al confín del bosque en donde los leñadores preparaban sus haces de leña para el mercado. Asustados, abandonaron la tarea y huyeron al pueblo.

—“Ja, ja, ja, ja, ja, ja”

—“Basta... ¡¡¡Silencio!!!, van a tener que aprender algo, algo muy importante, con mucha paciencia y si no, con muchas penitencias. ¡¿Qué prefieren?!”

—“Bien”

—“Si.”

—“Este...”

—“ Bueno.”

—“Claro.”

—“Ji...”

—“Por supuesto...”

Todos respondieron con solo unos monosílabos, pues eran incapaces de argumentar algo más a Light.

—“Bueno, les voy a dar una tarea y presten atención, quien mejor la realice recibirá un premio, bah, ya veré cual, y el que no lo realice, SI, recibirá un castigo, un buen castigo. Escuchen, escuchen bien: tendrán que escribir un cuento. ¿Qué me dicen?”

—“Ja, ja, ji...”

—“Si Light, como no, ya mismo, cuando quieras.”— respondieron al unísono.

—“Bueno, y ahora para comenzar les leeré un cuento, y ustedes lo recordaran, lo analizarán y algún día me lo leerán. ¿Sí?”.

La Bruja comenzó la lectura del cuento y sus oyentes extasiados, felices y babeados aplaudieron al final. Para sorpresa de Light, que no esperaba tanto entusiasmo.

Encargó un carro de libros, y llamó al hijo del Guardabosque, Luc, que había ido a estudiar a la ciudad, para que les enseñara a leer y a escribir. Para cuando el carro se alejó, el séquito de enanitos comenzó a revolver buscando primero ilustraciones bonitas, luego

tamaños pequeños, más tarde textos cortos. Lo que fuera más fácil.

La Gran Bruja cada tanto les encajaba un coscorrón con su mano huesuda, porque veía que eran duros como piedra para aprender a leer. Pensó que esa tarea era más difícil que enamorar al más bello Príncipe.

Pasó el tiempo, el verano avanzaba, y los enanitos, atraídos por narraciones desopilantes, fantásticas y terroríficas, se olvidaron de toda su historia de peleas y travesuras.

Pero una noche, una gran tormenta se desató en el bosque. Lluvia y viento tiraron árboles, plantas, y mojaron los libros. Los enanitos buscaron refugio en la casa de la Gran Bruja Light, que era comfortable a pesar de sus mochuelos, gatos negros y arañas polli-tos, que se paseaban por los muebles como si estuvieran en el jardín.

A la mañana siguiente, la luz del día les mostró toda su montaña de libros destruida por la tormenta. Cuando Luc llegó tuvo que secar las lágrimas de los enanos, que no hacían más que llorar.

—“No lloren más, dijo Luc, yo les voy a traer algunos libros, vamos a hacer un mueble en donde guardarlos y ya no se destruirán fácilmente”.

—“¡¡¡Viva!!!” —Gritaron, y lo tiraron, mientras formaban una pila humana, al suelo al demostrarle su alegría.

Una semana después todo estaba en orden otra vez, con menos libros, pero con un hermoso mueble. Los enanos sentados alrededor de la biblioteca pasaban el día aprendiendo a leer.

Hasta que, al pasar los meses, una noche, uno de los enanos se despertó por el bochinche que hacían pájaros, liebres, hasta ¡¡¡las tortugas!!! ¿Qué pasaba?. Asombrados vieron como el fuego devoraba parte del bosque y a su biblioteca, porque una familia llegada del pueblo, pasando la tarde en el bosque, había encendido fuego y no lo apagaron completamente al irse.

Nuevamente la tristeza de los enanitos de la Gran Bruja, (que se había ido a Bélgica de vacaciones), no les permitía disfrutar del sol que esa mañana, ajeno a tanto drama,

brillaba en el cielo alumbrando a más no poder.

El hijo del Guardabosque, desconcertado trató de encontrar una salida para mejorar la situación.

—“¿Qué les parece si repasamos lo leído hasta hoy? ¿Recuerdan?”.

—“¡¡¡Si!!!, gritaron todos”— Y, así fue que, empezaron a pegarse y a insultarse porque todos querían ser primeros.

—“¡¡¡Basta!!!. De a uno, por orden alfabético, todos van a contar.”— Grito Luc.

—“A ver...Adano, luego Aldro, Emo, Gralo, Gria, Mao y por último Sino”.

Y así fue que todos contaron, todos escucharon, todos se rieron y criticaron. También aplaudieron. Ese día terminó. La noche cerrada permitía escuchar grillos, búhos, y muchos bichitos, que felices, se mueven con más libertad en la oscuridad.

Al día siguiente, Luc llegó, por tercera vez, con una carretilla de libros que había conseguido en el pueblo. La alegría de todos fue mucha. También había traído cuadernos y lápices para que escribieran en ellos los enanitos.



Comenzaron con algunas letras, y se entusiasmaron tanto que algunos pudieron hacer, en pocos días, una composición libre: La vaca.

Ese verano el calor agobiaba.

—“¿No nos merecemos unas vacaciones?”— Se preguntaban.

—“Tenemos que esperar a que regrese Light”—contestaba Luc.

Una tarde Light regresó. Comenzó a caminar alrededor de los enanitos, que cada uno con un libro en la mano, estaban dispuesto a demostrarle lo que habían aprendido.

—“A ver... ¿Quién quiere comenzar a leer para que yo decida si se merecen las vacaciones?”— Dijo Light con voz de trueno.

—“Vamos a empezar por orden alfabético”, señalaron entre todos, educadamente.

—“¡Que bien, que bien, que bien!”.

Todos leyeron. Algunos de maravillas. Otros, bien. Todos sí, con entusiasmo, un entusiasmo contagioso.

—“Muy bien, muy bien, muy bien”. Realmente, los felicito. Felicito al profesor,

los felicito a ustedes y felicito a los libros, (porque se los puede felicitar), ¿no? ejem.”—carraspeó Light— “Tendrán sus vacaciones, el profesor podrá marcharse satisfecho y yo me dedicaré a mi tarea de molestar a las princesas, que es lo que más me gusta. Esto... fue sólo un entretenimiento”.

—“Light, nosotros queremos hacerte un pedido, un pedido muy especial”.

—“¡¿Y cuál es?!”—Gruño nuevamente, pensando no ceder en nada.

—“Que nos leas un cuento...”

—“¡Ah! Hmmm. ¿Qué yo les lea? Está bien, tráiganme ese libro de la niñita tan sufrida, si, de Blanca Nieves. ¡¡¡Y ya mismo, se ponen los baberos!!!”—exclamó dulcificada...

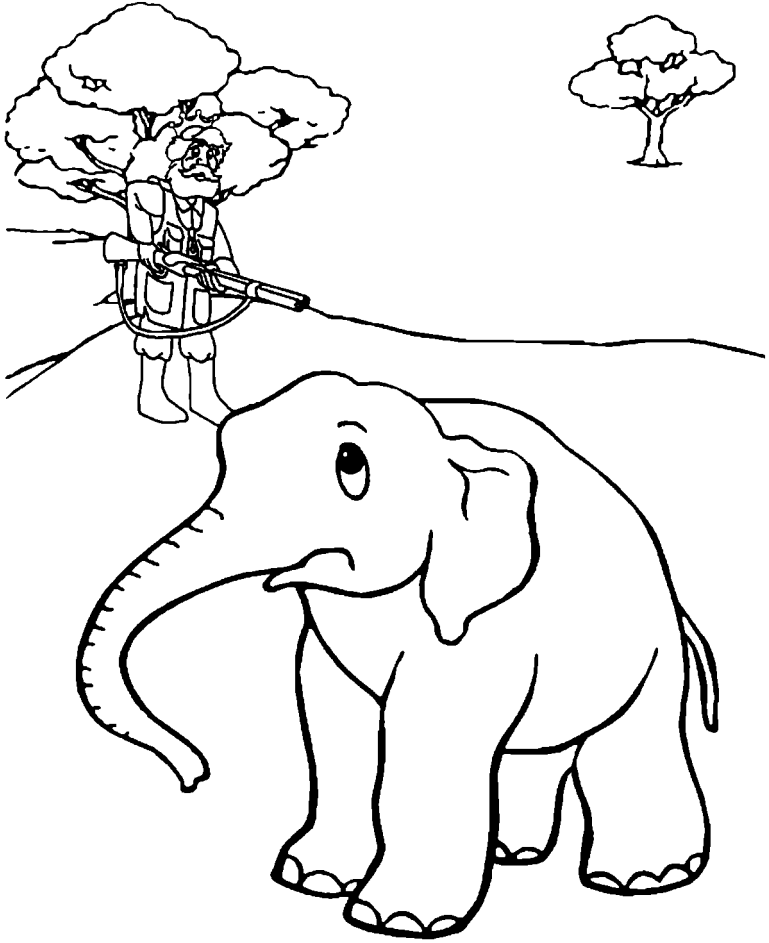
EL REY QUE FUE A CAZAR UN ELEFANTE

En un país muy lejano, había un rey que vivía preocupado porque sus hijos no eran lo felices que él había deseado que fueran.

Como eran ricos y no tenían que trabajar, ocupaban su tiempo en diversiones y haciendo travesuras como si fueran niños.

El rey, cansado y decepcionado de su familia, aceptó la invitación que le hiciera otro rey amigo, de un país muy pobre en materiales, pero exuberante en vegetación y animales.

Cuando llegó fue llevado, como es costumbre a toda visita importante, a una cacería



en donde los tigres, elefantes y antílopes eran las principales presas.

En un momento de la cacería, con el arma en las manos, el rey le apuntó a un elefante, que lo miró a los ojos al monarca.

El elefante que era el guía de una manada numerosa, a la que guiaba hacia el sur, en busca de agua y alimentos, le pedía a ese rey, con su mirada, que tuviera compasión, que le perdonara la vida, por ser el responsable de su familia.

El monarca no entendió el mensaje y disparó al animal. El elefante cayó muerto inmediatamente. En ese momento, lleno de furia, el suelo de la selva tembló, provocando la caída del rey, que se fracturó la cadera.

A partir de ese acontecimiento, ese rey cayó en desgracia. Nunca se recuperó de su fractura, perdió el cariño de sus súbditos y sus hijos se alejaron de su vida.

En la selva, otros elefantes guiaron la manada a buen destino. Sabían que las balas no dejarían de presentarse, mientras hubiera humanos. Los cazadores adoraban

Gloria Joray

llevarse el marfil de los colmillos de los elefantes, pero entre ellos se mantendría intacta para ayudarse los unos con los otros la solidaridad.



Gloria Joray:

Soy nieta de inmigrantes e hija de provincianos.

Nacida en La Plata y criada en Berisso. Mitad de enseñanza primaria en colegio Basiliano y la otra mitad en la histórica Escuela N° 2 de Berisso “Juan Bautista Alberdi”. Después del secundario y los hijos, comencé a redescubrir ese tiempo de atención a la familia ya cumplido con talleres de Teatro, Narración oral, cine y pintura.

Escribo desde pequeña, pues tuve a mi alcance mucha literatura brindada por mamá y tías. Ya tejí y bordé. Ahora abro la puerta para ir a jugar. A jugar con las letras que me acompañaron desde chica. A jugar leyéndole cuentos a mis nietos y a

muchos alumnos de las escuelas primarias, como “Abuela cuenta cuentos”, en un Programa de promoción de lectura literaria, desde 2009.

Esta edición, de 1000 ejemplares,
se terminó de imprimir en:
Al Sur Producciones Gráficas S.R.L.
Wenceslao Villafañe 468 (1160)
Ciudad de Buenos Aires. Argentina
Julio de 2013

CUENTOS PARA

COMPARTIR

**El sapo en la zapatilla
y otros cuentos**

Gloria Joray escribe desde pequeña.
Hoy se anima y sale a jugar con
todos los niños que gusten de
los cuentos.

“El sapo en la zapatilla” reúne diez
cuentos tiernos y divertidos en los
cuales se mezclan osos blancos
peludos, perros, elefantes y gallinas,
sin olvidarnos de Einstein, la bruja
y Barby con anteojos.

Por supuesto en toda historia
surgen aventuras, y a éstas tenés
que descubrirlas vos.

Abrimos la tapa para ir a leer.

Primeros lectores

ISBN: 978-987-1815-47-0



MAYA
MAYA